

El Correo de Andalucía

número literario



Año I. Sevilla: Lunes 21 de Agosto de 1899 Núm. 3

PRELADOS ESPAÑOLES

El Sr. Obispo de Málaga y la Prensa Católica

Como debido homenaje de gratitud al ilustre defensor de la prensa católica, EL CORREO DE ANDALUCÍA honra hoy sus columnas publicando el retrato del sabio y valeroso Prelado de Málaga, así como algunos párrafos de la hermosa é importantísima pastoral en que, después de demostrar los grandes daños que causa á los pueblos la prensa impía, encomió la importancia y trascendencia que encierra para el porvenir de las naciones el sostenimiento de una prensa católica que defienda la santa causa de la verdad y de la justicia.

He aquí los párrafos más notables de la pastoral citada:

Importancia

y benéfico influjo de la Prensa Católica.
Protección que se le debe.

«La prensa católica—ha dicho León XIII—es de utilidad soberana: digo poco, es de necesidad absoluta.»
«De todo corazón os pedimos—decía aquel su antecesor de santa memoria, el glorioso Pío IX,—que apoyéis con la mayor predilección á los que, animados por el espíritu de Dios, consagran su vida á publicar periódicos, que difundan y defiendan la doctrina católica.»

Y en otra ocasión memorable añadía: «un buen pe-

riodista católico vale y hace más que media docena de predicadores.»

Podíamos repetir las citas reproduciéndolas elocuentísimas y concluyentes sobre esta cuestión, que es la cuestión del mundo; pero tan abundante es la mies, que no sabríamos donde escoger.

Baste saber, venerables hermanos y amados hijos, que la importancia y necesidad apremiante del periodismo católico ha sido reconocida por los Pontífices, por los Prelados, por las Asambleas eclesiásticas y Congresos católicos, por los sacerdotes y religiosos de mayor celo y sabiduría, por cuantos con los ojos abiertos á las desdichas del mundo, sienten en su pecho una chispa del santo temor de Dios, y un ansia viva de que las almas no se pierdan y se reparen de alguna manera las ofensas de la impiedad y se castiguen las empresas de la mentira. Baste saber que el famoso Obispo de Maguncia solía decir, y su frase ha hecho fortuna, y se repite por todos con aplausos y entusiasmo: «que si el Apóstol de las gentes resucitara, sería periodista;» para dar á entender con frase gráfica y expresiva el carácter de la lucha contemporánea y la necesidad de que sean muchos y firmes, y generosos, y alentados los que entren en singular batalla contra el monstruo del abismo, cuyas emanaciones han infestado al mundo y amenazan esterilizar del todo los beneficios imponderables de la Redención de Jesucristo.



Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Muñoz Herrera
OBISPO DE MÁLAGA

¡Vergüenza es para los verdaderos católicos españoles, y condenación de la apatía propia de nuestra raza, ó fruto de la nunca bastantemente llorada división que no enerva y dá el triunfo en toda la línea á nuestros enemis-

gos, que, apesar de los esfuerzos verdaderamente heróicos de publicistas católicos, á quienes enviamos desde aquí una bendición y un cariñoso saludo, no tengamos en España un periódico que por lo que hoy se llama información y otros adelantos y exigencias propios de la época, esté á la altura de esos órganos de gran circulación que lo invaden todo; el salón y la bohardilla; la fábrica y el taller; el casino y la taberna; el escritorio y la oficina; la biblioteca del literato y la covachuela del menestral! ¡Oh! ellos, ya por espíritu de empresa, ya subvencionados por nuestros enemigos, todo lo monopolizan; y sostenidos en gran parte por dinero de los católicos y aun de los sacerdotes, con sus doctrinas escépticas y sus noticias escandalosas, sus folletines casi siempre inmundos, sus anuncios vergonzosos, sus reclamos venales, sus elogios á hombres sin fé y sin honor, sus teorías de anchísima base, poco á poco minan el edificio de la Religión y acabarán pronto con todo lo que en España queda de serio, de tradicional y de cristiano á la antigua usanza!

Si el dinero católico, que se emplea en sostener con una laxitud de conciencia que nos espanta, papeles cuyo solo título es á veces una protesta contra la Religión y la Iglesia, lo diesen los católicos, animados de fé viva y de amor á la pátria, para proteger la prensa verdaderamente cristiana, dejaríamos de ser tributarios de periódicos que detestamos, y sin embargo sostenemos: que condenamos, y sin embargo muchos católicos leen; ó para satisfacer una curiosidad malsana ó para enterarse de negocios ó de nuevas que les interesan vivamente. Amamos poco á Dios y á la Iglesia, y por eso se nos hacen duros los sacrificios del sudor ó del dinero, que la masonería, el libre pensamiento, el judaísmo, la falsa libertad, las sociedades bíblicas, cualquier partido político, en fin, derraman á manos llenas, seguros todos y más prudentes que los hijos de la luz, de que el mundo es de aquellos en cuyas manos está la prensa de gran circulación, por la que piensan y hablan, y esperan y creen la mayor parte de «aquellos infinitos, de que nos habló el Sabio».

Proteged, pues, venerables hermanos y amados hijos, toda propaganda católica con cariño, con amor, con entusiasmo, seguros, sí, de que en la tierra recogeréis abundante cosecha de desengaños y pesadumbres; pero que seréis espléndidamente recompensados en el cielo.

Dad, y se os dará; dad abundantemente, y se os llenará la medida de los merecimientos de esta vida, que son tronos y conquistas perdurables en la otra.



CRÓNICA

Triste es la de la semana anterior.

La noticia de que la terrible enfermedad, que tantos estragos causa en la India, dando un salto de gigante, se encontraba á nuestras puertas, cayó como una bomba entre los españoles, y es el objeto de todos los comentarios y la cuestión de actualidad que ha relegado á segundo término todas las otras.

Ya nadie pregunta ¿qué piensa Silvela? ¿qué dice Pidal? dichas preguntas han sido sustituidas por las de

—¿Qué dice Cortezo? ¿Qué manifiesta Pulido?

—El bubón sabe V. dónde sale.

—¿Pica, duele ó hace cosquillas antes de salir?

Ya no se dice

—Tales diputados ó políticos van ó vienen; sino tales doctores van á la frontera.

Ya no se habla de presupuestos sino de cámaras de fumigación y de desinfectantes.

El gobierno portugués, esclavo de los deseos de los ingleses, por agradar á éstos dejó entrar barcos procedentes de puertos apestados y, como era natural, ha traído sobre su nación un azote y quizás Eeuropa sufra también las consecuencias de la imprvisión ó falta de energía de nuestros vecinos.

Como en todas las epidemias siempre se encuentra el vehículo que introdujo la infección, cáese de su peso que el aislamiento es la principal medida preventiva, y que no se debe permitir que nadie atravesase la frontera como con nosotros en el último colera hicieron los portugueses, así, al parecer, lo entendía el gobierno; pero el Gobernador de Badajoz, pensándolo de otra manera ha permitido la entrada en España, no de uno ni de dos portugueses, sino de centenares; por el gravísimo motivo de que querían ver los toros.

Y no es esto lo peor, sino que á dicho Poncio nada le pasará, pues, para lograrlo, ha ido una comisión á Madrid dispuesta á remover cielo y tierra, porque, según ella, ¿qué importa la peste ante el supremo interés de que los toreros se luzcan y ganen algunos cuartos los mercachifles de Badajoz?

La peste no tiene todavía grande fuerza de expansión, entre otras causas, porque hasta el otoño no está en el medio que para su completo desarrollo necesita; pero su intensidad es grande y los médicos españoles que han ido á estudiarla han encontrado algunos casos fulminantes.

Los sitios en que más estragos causa son los barrios sucios y descuidados, y las personas que menos resisten la enfermedad los ancianos y los jóvenes de complexión débil.

De esta ciudad han salido tropas para acordonar la frontera por el lado de Huelva; de desear es que esta medida se lleve á cabo con rigor y no se pisotee por cualquier corrida de toros.

En la situación de España, la peste acabaría de matarla; por eso miramos espantados el peligro y pedimos á Dios aparte este nuevo cáliz de amargura de los labios de nuestra Patria.

*
**

En Francia comienza á subir á la superficie el mucho fango que hay en el fondo político de esa nación, al parecer próspera, y que no acaba de constituirse.

Los elementos oficiales aseguran que han descubierto un vasto complot orleanista; por su parte Mr. Derouledé niega que tuvieran fines antirepublicanos los trabajos de la liga patriótica.



ES IMPOSIBLE

Frase sacramental de mucha gente.

Habladles de un buen proyecto, de una idea salvadora, de una obra santa, y enseguida oireis de sus labios la consabida frase:

¡Sí, pero... es imposible!

Rara es la reunión en que, después del entusiasmo con que se acoge un pensamiento, y aun durante su mayor efervescencia, no se sobrepone una voz más ó menos templada que con superior desdén exclama:

¡Es imposible!

Convienen en la existencia del mal, reconocen sus síntomas alarmantes, á veces señalan hasta sus causas; pero al llegar al remedio, siempre tienen idéntica solución, que consiste en no tener ninguna, esto es, en oponer á todo remedio que se indica el eterno:

¡Es imposible!

¿A qué obedece este modo de ser?

Creo yo, que siempre ha habido personas semejantes á los profetas del imposible, sea por temperamento, educación, genio ó idiosincrasia. Pero nunca han sido tantas ni tan perniciosas como ahora, cuando la maldad de los tiempos reclama más energía y exige determinaciones generosas y resueltas.

Es porque á los del *imposible* por temperamento, se junta la turba multa de los que pertenecen á dicha escuela por egoísmo.

¡Vaya si es cómodo el llamar imposible todo remedio que exija una migaja siquiera de sacrificio!

Crear en la eficacia de una empresa ó en la posibilidad de un hecho regenerador es sentir el deber de arrimar el hombro para que se realice.

Y ahí está la dificultad.

El no hacer nada, el no comprometer intereses, reposo y aun la vida en tiempos agitados, es el *desideratum* de todos los egoístas. Y en hallar una fórmula que en cierto modo les justifique, está la perfecta solución del problema de la vida.

Y todo lo tienen con la frasecita.

¡Es imposible!

A la misma categoría pertenecen los pesimistas.

Hay pesimistas por instinto: siempre lo ven todo negro. Sin embargo, estos todavía trabajan si son católicos, porque no buscan un éxito completo, sino parcial, y muchas veces ni el parcial, sino el cumplir con un deber. No quiero hablar de estos.

Los hay que apoyan su pesimismo en la experiencia, la observación, y una singular discreción y prudencia de que, siquiera de modo indirecto,

alardean. Son los más temibles. Solo ven dificultades que amontonan sin compasión, tienen por oficio desanimar á los más decididos, y se meten en sus casas para no hacer nada, repitiendo entre dientes:

¡Es imposible! ¡No se puede hacer nada!

Y si la empresa fracasa, aunque ellos tengan en gran parte la culpa, porque se han retraído y han retraído á otros; con una fruición no disimulada, frotándose las manos, exclaman:

¡No lo decía yo! ¡Imposible! Aquí no se puede hacer nada.

En vano se les dice: haced el bien, sacrificaos: no lo esperéis todo, seguros de que conseguireis algo: El bien que se hace un día, hecho queda. Confíad en Dios y rogando levantad el mazo sin desconfianza.

Se encogen de hombros, nos miran con soberano desdén, como si fuéramos ilusos, y volviéndonos la espalda, murmuran sin cesar:

¡Imposible! ¡imposible!

El resultado no puede menos de ser desastroso.

Restan de la fuerza católica las propias fuerzas que resultarían utilísimas empleadas de buena fé, con generosidad y bajo una sabia disciplina.

Restan las fuerzas de aquellos á quienes desalientan, arrebatando mayor número de soldados uno solo de los del *imposible*, que los embates y acometidas todas del enemigo.

Enfrían hasta á los mejores, resultando la inconstancia en no pocos, que se sienten aislados y aún criticados acerbamente desde que sufren el más leve descalabro.

Aumentan la audacia de los malos, que saben por experiencia que nada han de temer de tales gentes, convertidas en auxiliares negativos cuando menos.

La esterilidad ó la poca duración ó las imperfecciones de muchas obras buenas no obedecen á otra causa.

Que se borre la palabra *imposible* del corazón y labios de los creyentes, y la impiedad habrá perdido la batalla para siempre.

A lo menos en el orden social.

Así como yo llamo á esta gente la gente del *imposible*, así ellos se vengán de los que se consagran á empresas católicas, llamándolas *quijotadas*.

Y con esto no nos molestan en lo más mínimo. Porque de quijotadas está lleno el mundo.

La más grande de las cuales fué la del Galileo Simón, que se empeñó en hacer de Roma, ciudad de los Césares, la ciudad de los Papas. ¡Qué locura! Y lo más gracioso es que se salió con la suya.

No fué pequeña la de los Macabeos, que debie-

ron luchar principalmente contra los del *imposible* de su tiempo.

Y para no ir tan lejos, no hay Quijotes en el mundo como Pelayo y los suyos, como Hernán Cortés quemando la nave, como el pueblo español á principios de siglo levantándose contra Napoleón.

Y todas estas quijotadas salieron bien.

—Sí, pero...

No hay *peros* que valgan, como por desgracia son pocos los hombres que se sacrifican.

Ellos vencieron por el espíritu de sacrificio, el valor de su brazo y la gracia de Dios.

Pongamos nosotros las dos cosas primeras y no faltará la última.

A la frase *es imposible* opondré siempre esta otra infinitamente más autorizada:

Todo es posible para los que creen.

UN CATÓLICO ESPAÑOL



REVISTA CIENTÍFICA

La hipótesis del hiperespacio

Vamos á filosofar un poco, carísimo lector.

¿Han llegado á tu conocimiento las grandes batallas, y las famosas lides, que riñen los filósofos acerca de la naturaleza del espacio?

Si han llegado, séate la filosofía leve; yo únicamente te suplico que no abandones la Fé católica, á fin de que puedas orientarte en esas profundidades, á que descende el pensamiento, y en las que sólo se descubren inmensas moles, próximas á derrumbarse en lo alto, y abajo, abismos insondables.

Si no han llegado, sea lenitivo de tu curiosidad el saber que en esta materia son muchas y muy lamentables las aberraciones del espíritu humano.

¿Y qué hipótesis es esta, que llama hoy á las puertas del Alcázar de la ciencia?

Héla aquí, lector impaciente.

La ha emitido, ante la Sociedad matemática americana, el señor Newcomb, antiguo director del Observatorio naval de los Estados Unidos: su nombre «hipótesis del hiperespacio.»

Este término, «hiperespacio,» lo emplea el autor, para designar un espacio con más de tres dimensiones; hipótesis completamente distinta de las relativas á los espacios elíptico é hiperbólico. (1)

¿Y qué espacio es este? Un espacio con más de tres dimensiones sería un espacio, que además de ser largo, ancho y alto ó profundo, tuviese otra dimensión hasta hoy desconocida.

Tratemos de aclarar este concepto por medio de dos ejemplos tomados del autor de la hipótesis: uno geométrico; experimental ó práctico el otro.

1.º En un espacio de dos dimensiones, ó sea en un plano, se pueden trazar por un punto dado dos rectas

(1) Hago alusión á las dos Geometrías no Euclidianas, cuya primera idea se debe al P. Saccheri, de Milán, y construidas por Lobatchefski y Riemann: Lobatchefski ha supuesto al espacio elíptico y Riemann hiperbólico.

perpendiculares entre sí, pero nada más. Si el espacio es de tres dimensiones, como el en que nosotros vivimos, se pueden trazar, por un mismo punto, tres rectas, cada una de las cuales sea perpendicular á las otras dos; es el caso de las coordenadas rectangulares en el espacio. Si el espacio fuese de cuatro dimensiones, por el mismo punto se podrían trazar cuatro rectas, cada una de las cuales fuese perpendicular á las otras tres.

2.º Si suponemos un ser, que viva en un plano, y que no pueda desenvolverse, más que según sus dos dimensiones, es evidente que, trazando á su alrededor una circunferencia, no podría salir del círculo, sin que rompiese la circunferencia; mas si al espacio se le comunica una nueva dimensión, y al mencionado ser la facultad de moverse según ella, es también fácil deducir, que pasaría sobre la circunferencia sin tocarla: es lo que nosotros hacemos.

Pues del mismo modo, nosotros nos movemos en un espacio de tres dimensiones, y así quedamos encerrados en una habitación; désenos una cuarta dimensión con la facultad de movernos según ella, y ni el suelo, ni los muros, ni el techo serán obstáculos que impidan nuestra salida.

Y ahora pregunto, ¿es posible representarse este espacio de cuatro dimensiones?

El autor confiesa que nó, con una ingenuidad que le honra; y aún afirma que nuestro Universo por una ley esencial se encuentra restringido á tres dimensiones.

Pero también asegura que debemos tener mucho cuidado en no extender estas conclusiones más allá de los límites de nuestra experiencia.

Para él los límites del espacio no son más que los límites del movimiento posible de un cuerpo material; y si bien la experiencia nos enseña que, en nuestro Universo material no se presenta ningún movimiento de más de tres dimensiones, esta conclusión sólo debe aplicarse á los movimientos percibidos por los sentidos, mas de ninguna manera á los movimientos moleculares.

No hay, dice, prueba demostrativa, por lo que toca á estos movimientos, de que una molécula no pueda vibrar en una cuarta dimensión; antes bien, hay hechos que parecen indicar lo contrario.

Uno de estos hechos es la diferencia, que el llama esencial, entre la forma del movimiento de las masas y la del movimiento molecular, que constituye el calor en sus relaciones con el éter.

El movimiento de una masa no experimenta resistencia alguna al pasar al través del éter, aun con las mayores velocidades, de que la Astronomía nos suministra, ejemplo: un elemento tan enrarecido, como la materia impalpable de un cometa, puede circular alrededor del Sol con una velocidad de muchos kilómetros por segundo, sin experimentar por parte del éter la menor resistencia, es decir, sin ningún rozamiento entre el éter y la materia.

En cambio, cuando las moléculas poseen el movimiento del calor, este movimiento se comunica al éter, hay radiación y el cuerpo se enfría. Ahora bien, cualquiera que sea la forma del movimiento que constituye el calor, es evidente que se comunica de la materia al éter, y del éter á la materia, lo que no sucede con el movimiento de las más pequeñas masas.

¿Y no podría explicarse esta diferencia entre dichos movimientos, y con ella todos los fenómenos de la radiación y de la electricidad, suponiendo una vibración molecular en una cuarta dimensión?

Tal es la hipótesis del hiperespacio: su discusión, como la de los hechos en que su autor la apoya, corresponde a los hombres de ciencia.

Nosotros solo diremos que es una hipótesis, y que como tal se anuncia

¡Cuántas otras hemos visto levantarse en el campo de la ciencia moderna, briosas y prepotentes, desarrollarse con más ó menos éxito, dominar un cierto tiempo en las Escuelas y luego decaer y morir en sucesión monótona y desesperante!

COPÉRNICO,

LA RELIGION Y EL ARTE

(FRAGMENTO DE LA OBRA INÉDITA DE SANTIAGO CASANOVA)

El clasicismo griego con todas sus bellezas sensuales con todas sus portentosas reformas de nuestra humana estructura no consiguió engrandecer á esta. La exagerada anatomía, la ampliación de los músculos, la nerviosidad que mostraba en las estatuas y en las pinturas de la cerámica nunca pudieron producir efecto que no fuera sensualista, porque careciendo del único idealismo posible, el de Nuestra Santa Religión, las glorias mitológicas, al fin y á la postre, no eran mayormente otra cosa que una orgía mundana, festivos de la lujuria, la gula y la lascivia sobre las nubes. El clasicismo griego trasladaba á la carne *por todo lo alto*; el arte cristianizado veía una gloria sublime, incommensurable, magna, sin sensualismo ni materialidad alguna; la gloria del espíritu, el país de las almas, las regiones que solo un santo puede describir...

La Venus de Mileto se avergüenza en el Louvre ante la excelsa Concepción de Bartolomé Esteban.

Y sin embargo, la misma corrección de líneas, la misma corrección artística se encuentra en una y otra obra; como materiales producciones del artista ambas maravillan por su singularísimo mérito. Pero ¿cuánta diferencia existe entre los dos? ¿Por qué la supera y tanto el cuadro de Murillo? Unica y exclusivamente porque el pintor sevillano poseía el sentimiento religioso, la inspiración divina, sin la cual no hay arte posible, sin la que el arte se verá reducido á una copia (mas ó menos acertada) del natural, á una fotografía en colores (que ya las hay en estos tiempos de progresos científicos).

Veamos si nó nuestra época. Conforme progresa de algún modo el embrutecimiento de las ideas, cuando el deslabazado racionalismo consigue adictos y prosélitos, el arte decae miserable y enclenque, falto de asuntos donde triunfe la belleza (que es el bien), donde se encuentre algo que nos haga pensar y nos aleje de nuestra vulgarísima vida, levantándonos hacia la perfección suma por medio de la poesía de la inspiración y de las magnificencias que Dios ofrece á los hombres.

Hoy, con la escasa fé, con la impenitencia é irreligiosidad parece el arte por completo. Remitiéndonos á España ¿Qué se ha pintado de cincuenta años á esta parte? Nada, ó poco menos que nada.

Así, pues, como no habiendo historia no pueden existir cuadros de historia (á menos que se pinten derrotas recientes) no habiendo religión, no puede existir el espíritu del arte, porque este solo dimana de Dios. Italia, mientras admiró por su catolicismo, admiró también por sus artes incomparables. España, mientras poseyó su gran fé y su religiosidad, puso á sus artistas á la cabeza de los primeros del mundo. Ogaño ni Italia ni España tienen artes; *progresan para atrás* y la causa es de las que no necesitan circunloquios ni razonamientos para que se vislumbre.

La Chula, la Otra Margarita, En la Reja etc., componen los asuntos más en boga. ¿Vamos á idealizarnos con el fandango, con la historia de una mujer pública, con los amoríos de ventana para fuera? Pues no hay más y aun, lo que es peor, cuando se intenta producir alguna imagen de nuestros santos, éstas resultan en extremo faltas de sentido; se ha olvidado el misticismo y parece que el genio de Salcillo y Martínez Montañés, de Murillo y Zurbarán no ha de lucir de nuevo en otros escultores ó pintores de nuestros días.

Válgame Dios, y qué dirían nuestros abuelos (que estén en gloria) de semejante decaimiento; qué idea podrían formar de nuestro arte. ¿Comprenderían el impresionismo, el modernismo á los putillistas á los prerrafaélicos? No en manera alguna. Son incomprensibles, como es incomprensible un hombre sin alma, y el arte sin religión no tiene alma, y se reduce á un simple mecanismo que puede estar *al alcance de todas las inteligencias*.

Quando asentamos en capítulos anteriores (al hacer la historia de la religión y el arte aunados), que si nos gloriamos en nuestros museos de ver algo bueno, soberanamente artístico y suprasensible, al catolicismo se debe, cuando recordábamos la protección al arte por el cardenal Albani en su villa de Roma, al purpurado Valentí, al S. Pontífice Benedicto XIV con su museo Capitolio, Clemente XIV y Pío VI. no sabíamos que nuestro Smo. Padre S. S. León XIII (Q. D. G.) había promovido un concurso entre pintores para un cuadro de la Sacra Familia. Aun proteje al arte la iglesia católica, mas el arte se aleja de ella y prefiere su estado acéfalo, su pasionismo de colores, su descripción de vicios ó vulgaridades. Por buen camino vá y quién sabe á donde: á ningún lado; es su lugar un callejón sin salida, como su idea instinto nada más; la labor artística del día es como la del animal que sabe construir su nido; fuera de ello la alteza de miras, la corrección de nuestras costumbres, la descripción de ejemplos de la antigüedad que nos fortifiquen, no se vé ni puede verse ni con microscopio. Así anda ello y andará, si Dios no lo remedia; mas cubre la esperanza de que surja un artista que en lugar de inspirarse en los claustros de hierro de las grandes fábricas, busque la inspiración en los claustros góticos bizantinos de nuestros conventos, en la adoración de Cristo, Señor Nuestro; allí entre las opacas luces del templo donde extasía la devoción y donde el alma se eleva y sube hasta el trono del Altísimo.

Sin la religión católica no puede haber arte; las más grandiosas manifestaciones de este se deben á los artistas cristianos y á las épocas de mayor fé y arraigadas creencias. Un pueblo sin arte, es un pueblo inculto.

Si nos falta la fé ¿dónde iremos á parar si quiera miremos este asunto en cuanto á lo que con el arte se refiere?

Ha llegado el día en que el lápiz y el pincel se dedican á producir imágenes pornográficas. Hay que evitar á nuestros hijos la visita á los museos de artes donde también se exhiben. El arte no es eso, ni puede serlo. De ocurrir así, renegaríamos de él, y conste que lo tenemos como satisfacción del espíritu, placer de nuestros ojos, enseñanza de nuestra inteligencia, y como prueba irrefutable de nuestra condición extra terrena, cuando es guiado por la religión y produce Cristos cual los de Velázquez, y Vírgenes como las de Bartolomé Esteban Murillo.

Quiera Dios poner enmienda á tal desbarajuste, que á mayor abundamiento progresa y triunfa al parecer.

Abogemos por las dos inmensas felicidades puestas en el mundo para elevar nuestras almas y nuestros sentidos, desterrando lo incorrecto lo vulgar y lo sensualista.

La Religión y el Arte.

SANTIAGO CASANOVA Y PATRÓN,
Académico de la de Mont-Royal (Francia) del Centro de
Artes de Barcelona y el de la Escuela especial de
Pintura escultura y grabado.



UNA INTERVIEW

—¿.....?

—No, Sr.; no salgo á la puerta para ver pasar á las cigarreras. Lo cual nada tendría de particular, porque son las únicas que lo merecen. Salgo para ver pasar el mundo.

—¿.....?

—Dispense V.; esto no es ver el mundo por un agujero. Esto es verlo en toda su magnitud, ó en toda su pequeñez, si V. quiere.

—¿.....?

—¿No dicen todos que el mundo, como afirmaba Salomón, no es más que un conjunto de vanidades? Pues por aquí desfilan todas las tardes vanidades del género grande y del género chico: vanidades en coche, vanidades á caballo, vanidades en bicicleta, vanidades á pié, vanidades de uniforme, vanidades medio desnudas y vanidades muy arropadas.

—¿.....?

—Esa es. Jamás mira á nadie. Sus ojos siempre están fijos en el charolado del coche.

—¿.....?

—Porque de ese modo, vá siempre mirándose á sí misma.

—¿.....?

—Sí señor; ese que llega es el mejor tronco de caballos que viene al paseo.

—¿.....?

—Pregunte V. su nombre en el Banco Hipotecario y en la Casa de Empeños.

—¿.....?

—Es verdad: no puede V decirlo de Quevedo. Todas matronas y ninguna dama.

—¿.....?

—Sí que tiene cara de anarquista; y lo es. Pero no tenga V. cuidado: este es su sitio. La vanidad del lujo y la vanidad del anarquismo van siempre juntas. Es el mismo desenfreno, que en los de arriba se llama lujo, y en los de abajo se llama anarquismo, arriba el desenfreno de las pasiones que arrastran y subyugan, y abajo el desenfreno de las pasiones que repelen y horrorizan.

—¿.....?

No me impugne V., porque no sé qué contestarle. Pero fíjese V.

Esa gran dama que en este momento se lleva tras de sí las miradas de todos, vá despertando una misma pasión en el caballero que la sigue haciéndole corte y en el mendigo que acaba de pedirle una limosna: la pasión de poseerla, nó precisamente á ella, sino lo que ostenta y de lo que vá haciendo gala. No hay más diferencia que el modo: aquél quiere poseerla ocupando un asiento á su lado, éste clavándole un puñal en el corazón. Y después de todo no son más que dos modos distintos de asesinarla y saquearla.

—¿.....?

—¿Se extraña V. de que llame vanidad al anarquismo? Pues vístalo V de seda, quítele cierto borroncillo de origen, y al punto todas las vanidades vendrán á saludarlo como á individuo de familia. El lujo y el anarquismo son igualmente hijos de la soberbia: aquél legítimo, según las leyes del mundo; éste natural, pero hijo al fin. De la unión de la soberbia y la riqueza, nace el lujo; de la unión de la soberbia y la pobreza, nace el anarquismo,

—¿.....?

—Sí, señor; pero cuente V. los desastres del lujo, y verá que igualan, si no superan á los desastres del anarquismo. Sus hazañas son las mismas, porque es la misma su sangre.

—¿.....?

—Bueno; pero crea V, que esto se me ocurre todas las tardes.

—¿.....?

—¡Ah! sí: está dislocador, como dice cierto caballero que pasa todas las tardes hablando siempre en voz alta, y que debe ser corresponsal de algún periódico madrileño. Pero otras tardes he visto el paseo mucho más concurrido.

—¿.....?

—No se me olvidará nunca: la tarde del día en que circuló por España entera la infausta noticia del desastre de Cavite.

—¿.....?

—¡Claro! ¡irían á derramar sus lágrimas en la orilla del río, para que éste las recogiese y las llevase al mar, en donde pudieran mezclarse con la sangre derramada por nuestros marinos! Pero no me extraña. El noventa por ciento de las personas que todas las tardes pasan por aquí, ocultan debajo del gabán ó de la clásica mantilla, historias de sangre y de fuego. ¿Qué les importaba una historia más?

Aquí puse fin á esta interview celebrada... con el portero de mi casa: viejecillo que después de haber rodado por altos círculos, según me asegura todos los días, sus desgracias lo han hecho medio misántropo y medio filósofo. Buena persona; no tiene mas que un defecto: la vanidad de la familia. Y como consecuencia, esta otra vanidad, la vanidad del «de» antes del apellido.

TASSO,

PERFILES Y BORRONES

La prensa de gran circulación

Un periódico catalán nos hace la siguiente *apología* de la prensa madrileña:

«La prensa de Madrid no puede vivir sin la política y sin los políticos; por eso en las planas de los periódicos madrileños no puede buscarse nada ajeno á la política; en las largas columnas impresas nada puede hallarse que no se refiera y relacione con la política. ¿Qué libertad de opinión puede tener «El Imparcial» que gracias á la benevolencia del Gobierno ha podido obtener «tres actas» de diputado para otros tantos redactores? ¿Qué libertad de opinión puede tener el «Heraldo» que, gracias á las mismas complacencias del Gobierno ha podido convertir en grupo parlamentario la tertulia particular de Canalejas? ¿Qué libertad de opinión vá á tener «El País», cuya existencia depende de la mayor ó menor tolerancia con el juego? ¿Qué libertad de opinión pueden tener los demás periódicos que todos, absolutamente todos, van tirando á costa de la munificencia oficial, á costa del particular desprendimiento y lo que es peor aún, á costa de los más sucios negocios y del «chantage» más innoble?

»La prensa de Madrid atada de piés y manos, por sus propias concupisencias, no puede ser más que un servidor fiel de los intereses de sus amos corrompidos.

«Los periódicos madrileños no pueden hablar de la patria. En nombre de la patria nos llevaron con sus sofismas incendiarias á la guerra y al desastre. En nombre de la patria llevaron á Cuba á Weyler, y muy luego, en nombre de la patria, pidieron su relevo «porque se negó á que á costa del Estado telegrafiaran sus corresponsales en la Gran Antilla, como venían haciendo durante el mando de Martínez Campos.»

»En nombre de la patria, la prensa madrileña ha sido la Celestina de los escándalos municipales, porque la complicidad con los concejales expliadores, ahorra el sueldo de sus gacetilleros, que cobraban en el Municipio como guardias, como barrenderos.

»En nombre de la patria consintieron en la compra del «Colón» á la casa Ansaldo, en cuanto el representante de ésta se entendió con ella.

En nombre de la patria «saquearon» á la Sociedad Martínez Rivas y Palmer, de Bilbao, para que obtuviese la concesión de los cruceros perdidos en Santiago.

»En nombre de la patria usaron aquel procedimiento con la casa Vea Murguía, de Cádiz.»

En efecto, una de las plagas más temibles que sufre la sociedad presente es la llamada *prensa de gran circulación, liberal y noticiara*.

En ella no hay patriotismo, ni ideales, ni amor á la verdad y á la justicia, ¡no hay más que el *negocio!*

Se explota la curiosidad pública, como se explota una mina.

Los sucesos *sensacionales* que despiertan el interés de los lectores, son los filones que enriquecen á las *empresas* y se apuran y se *esprimen* hasta sacarle todo el *jugo* posible.

No importa que al publicar estos sucesos de sensación, se desgarré la honra de alguna personalidad, ó se juegue con la suerte de la patria, ó se escandalice al pueblo y se perjudique al bien y á la moral... ¡no importa!

Lo primero es el *negocio*, lo que importa es aumentar la tirada, lo que interesa es allegar mayor número de *perras chicas*.

¿Quereis algunos ejemplos?

El «Crimen de la calle Fuencarral.»

¿Gran negocio!

Se explotó bien, duró meses y meses sobre el tapete.

El pueblo quedó *saturado de crimen* hasta la saciedad.

¿Otro?

El «Invento Peral»

El inventor cayó en poder de la prensa, lo precipitaron con sus estemporáneas apoteosis. se hizo la cuestión política y el que debió ser ayudado y protegido como hombre de indiscutible mérito, fué postergado y murió en el olvido.

¿Otro?

Nuestra última guerra hispano-americana.

La *prensa de gran circulación* tomó carta en el asunto, y empezó á describirnos la *verdadera* situación de los yankees.

Se trataba de un pueblo sin disciplina, sin ejército, sin armas, sin escuadra, sus soldados, eran inútiles y cobardes mercachifles que no sabían siquiera lo que era la táctica militar, ¡el pueblo español se entusiasmó, vió la cosa tan sencilla que soñó con plantar su reales en el Capitolio de Washington, y... efectivamente, las consecuencias no pudieron ser más lamentables.

¡Oh, el noticierismo sin conciencia!

Ya irá el pueblo apreciando y *saboreando* el resultado de sus hazañas

El anarquismo en Jerez

Hemos recibido una interesante carta de Jerez de la Frontera, de nuestro particular amigo D. Pedro Delgado, en la que se nos dan detalles alarmantes del movimiento anarquista que se está notando en dicha población.

Hé aquí algunos párrafos:

«El socialismo avanza y lo hace á pasos agigantados; los gremios todos asociados, suman y miden diariamente sus fuerzas.

«¡Dios salve á Jerez! Las autoridades todas duermen tranquilas sin duda porque desconocen el peligro y quizás no haya llegado á sus manos ningún número de *El Demócrata*, *El Martillo* y otros varios periódicos de los que publican en esta las distintas agrupaciones ó gremios y que por cierto están escritos en el lenguaje más soez, grosero é insultante que darse puede. Estos periódicos no se sirven por suscripción; se hace un número igual al de socios que han de recibirlo; y es muy raro coger uno.

«El anarquismo late de una manera latente por doquiera, y entre tanto nada se hace por atajar el mal.

Se trabaja en este sentido en las bodegas, en los talleres, en las fábricas y hasta en los cortijos.

Repártense clandestinamente folletos anarquistas y por todas partes se amontonan torrentes de lava que aumentan la ebullición del volcán.

.... ¡Ay de todos el día que se rompa el carácter!»

.....
¿Que hará, en vista de esto, el gobierno?
Pues.... nada, consecuente con sus doctrinas,
dejará hacer, dejará obrar, consentirá que se excite
los odios de la plebe, que la propaganda anar-
quista se haga con toda tranquilidad y desahogo,
que la tormenta se vaya formando, y cuando es-
talle, cuando el populacho desenfrenado se lance
á la calle, y haya víctimas y corra sangre... en-
tonces, cogerá, como otras veces, siete ú ocho

desgraciados y descargará sobre ellos todo el pe-
so de la justicia...

—¿ Y no sería más prudente, poner los medios
para evitar tanto mal, ahora que aun tiene re-
medio?

—Sí, pero entonces se faltaría á los principios
liberales...!

¡Y hay que salvar los principios, aunque al pue-
blo lo parta un rayo!

Imp. de Rodriguez y Torres, H. Colón 11.

ENTUSIASMO MUSICAL

